

Gabriele Nissim

La bondad insensata

El secreto de los justos

Traducción del italiano
de Juan Antonio Méndez

 Siruela

El Ojo del Tiempo

Índice

I La esperanza realista	13
El espíritu de Marco Aurelio	13
El Qohéleth y el ciclo perenne de la vida	16
Los justos	18
II Tipología de los justos	22
Al margen de cualquier esquema	22
El justo imperfecto	24
La kamikaze arrepentida	26
La soledad de Peshev, el salvador de los judíos búlgaros	29
La desilusión de Jiri Pelikan	32
III Para qué sirven los justos	37
La memoria poética	37
Los justos y la esperanza	39
Empezar en Ruanda	41
El sueño de Ety Hillesum: un alemán bueno	43
La purificación moral	44
El sacrificio de Jan Palach	45
La honestidad intelectual de Giorgio Napolitano	46
El paso del testigo	48
El ejemplo de Giorgio Perlasca en Ruanda	49
Una herencia fallida	50
IV Moshe Bejski, el pescador de perlas	52
Los recorridos de la memoria	52
La gratitud como responsabilidad	54
La memoria del bien: un ejercicio espiritual	57
El itinerario de Liliana Segre	58
Volver al mundo	60

La salvación de Dios	62
El itinerario de la conciliación	64
La memoria del bien en Sarajevo	66
La búsqueda de los justos en Turquía	67
V Justos no excesivamente heroicos	69
El dilema de Moshe Bejski	69
¿Qué habría hecho yo en su lugar?	71
El caso de Guelfo Zamboni	72
Un árabe no suficientemente justo	74
La memoria universal	77
VI Hannah Arendt en busca del secreto de los justos	79
El enfrentamiento con Moshe Landau, juez del proceso Eichmann	79
Hacer el mal sin pensar	83
Detente y piensa en soledad	84
Los justos polacos en los márgenes de la sociedad	85
Resistir en soledad en el gulag	87
El aislamiento de los hermanos Boris y Gleb	88
Avergonzarse en soledad	89
La vergüenza de Sócrates	91
Los no participantes	92
Armin T. Wegner, Sócrates moderno frente a los totalitarismos	94
La carta a Hitler	99
Zofia Kossak: no me gustan los judíos, pero no quiero convertirme en una asesina	105
El juicio: un viaje a la mente de los otros	110
Jan Karski, el justo polaco capaz de pensar desde dos puntos de vista	112
Juzgar por nosotros mismos sin esquemas preconcebidos	115
Jovan Divjak, el general de Sarajevo	116
La pérdida de referencias	118
En la parte justa, pero con miedo y soledad	119
Con Sarajevo, pero no por encima de todo	121
El riesgo de la voluntad	123

VII El arte del perdón	125
La terapia contra los daños imprevistos de nuestras acciones	125
Las modalidades del perdón	126
La fuerza de no odiar	128
La fragilidad del perdón unilateral	130
El valor moral de István Bibó, el intelectual que pidió perdón a los judíos	132
VIII La bondad insensata de Vasili Grossman	140
La purificación interior	140
El bien universal	143
La destrucción del alma	145
La delación: cada uno controla el alma del otro	148
El variado panorama de los delatores	150
La delación en la familia	152
El miedo y el terror	154
Los verdugos del alma y del cuerpo	157
La resistencia moral	159
La fotografía del lago de Ginebra	162
IX El sacrificio extremo frente al mal	165
La libertad en la muerte	165
Los dilemas morales frente a lo extremo	167
El sacrificio de Pavel Florenski	169
La desesperada protesta de Anna Pavlova	172
La poesía de Mandelstam	180
La red solidaria	182
Vivir sin mentira	186
La polis paralela de Václav Havel	187
<i>Post scriptum</i>	190
Agradecimientos	192
Notas	193
Índice onomástico	208

Los justos

Un hombre que cultiva su jardín, como quería Voltaire.

El que agradece que en la tierra haya música.

El que descubre con placer una etimología.

Dos empleados que en un café del Sur juegan un silencioso ajedrez.

El ceramista que premedita un color y una forma.

El tipógrafo que compone bien esta página, que tal vez no le agrada.

Una mujer y un hombre que leen los tercetos finales de cierto canto.

El que acaricia a un animal dormido.

El que justifica o quiere justificar un mal que le han hecho.

El que agradece que en la tierra haya Stevenson.

El que prefiere que los otros tengan razón.

Esas personas, que se ignoran, están salvando el mundo.

Jorge Luis Borges, *La cifra*, 1981

I

La esperanza realista

El espíritu de Marco Aurelio

–Me he dado cuenta de que nunca lograremos erradicar de la historia el mal que unos hombres hacen a otros hombres. A pesar del trauma de Auschwitz, los genocidios y los crímenes contra la humanidad, han continuado en el gulag estalinista, en Biafra, en Ruanda, en Bosnia y los que todavía quedan por llegar, tal y como se percibe a partir del odio que va sembrando el terrorismo fundamentalista.

–Perdón, pero me parece usted muy pesimista.

–No soy pesimista, solo realista.

–¿Es que no cree en la intervención de las instituciones internacionales para defender los derechos humanos?

–Ya me gustaría, desde luego, pero el mal político tiene excesiva fantasía y reaparece una y otra vez en formas nuevas.

–Entonces, ¿no hay sitio para la esperanza en un mundo diferente?

–Algún consuelo nos queda: siempre podemos contar con la obra de los justos que en cualquier época tienen el valor de enfrentarse al mal y salvan siempre al mundo.

–Pero ¿no es eso demasiado poco?

–Mire, esos hombres que he querido premiar por su valor durante la Shoah, en cualquier caso, lo que nos han demostrado es que un mal absoluto jamás vence del todo. De otra manera la humanidad ya habría sido aniquilada. Sus luces desmienten que el mal pueda triunfar en la vida. Desgraciadamente, esas luces son siempre escasas. Esa es la contradicción.

–Pero si los justos constituyen siempre una rareza, ¿qué podemos hacer?

–No veo otro camino que explicar a las nuevas generaciones su secreto y sus valores.

–Es decir, que tienen un secreto...

–En cierto modo, actúan así porque se sienten mejor y pueden sentirse satisfechos de sí mismos¹.

El juez Moshe Bejski, artífice del Jardín de los justos de Jerusalén, me expresó así su testamento espiritual en uno de los últimos encuentros que mantuve con él en octubre de 2006 en una habitación del hospital en Tel Aviv, pocos meses antes de su desaparición.

Habíamos dialogado durante meses en su casa, pero solo en aquella ocasión capté el profundo sentido de una experiencia iniciada en la juventud, cuando acabó por casualidad en la lista de Schindler, librándose de una muerte segura en el campo de concentración de Plaszow, que le llevó en la posguerra a buscar, por espíritu de gratitud, a los que en el mundo se prodigaron en la salvación de los judíos.

Bejski me hizo comprender, a través del balance de su vida, que solo a partir de un pesimismo razonable se puede ser razonablemente optimista.

Nadie como él ha visto lo peor de la humanidad antes de vislumbrar una pequeña luz de esperanza. Su filosofía se basa en el presupuesto siguiente: quien piense que tras el escándalo moral de Auschwitz la persecución de los seres humanos puede ser definitivamente erradicada de la escena pública va a encontrarse con desagradables desilusiones.

Dos grandes escritores supervivientes de los campos de concentración constituyen el trágico ejemplo de una expectativa hecha pedazos: Jean Améry y Primo Levi acabaron dándose muerte porque pensaron que, después de la Segunda Guerra Mundial, era posible el nacimiento de un mundo absolutamente nuevo y se hicieron ilusiones con la supresión de la violencia del corazón de los hombres². Pero hay que aceptar que el mal que provocan los hombres, consciente o inconscientemente, es un ciclo sin fin. En ningún lugar de la Tierra existe el paraíso y, con toda seguridad, nunca existirá.

También el antisemitismo sigue formando parte de la historia. Puede ser controlado, combatido, nunca eliminado por completo. El judío como chivo expiatorio de las contradicciones del mundo, como origen y causa del mal, como elemento corrosivo e inquietante que impide la felicidad al género humano se replantea una y otra vez, en la variante del antisionismo, por parte de los regímenes comunistas y, luego, por los regímenes árabes y por el fundamentalismo islámico. Después de Auschwitz vuelve a plantearse el uso político de la judeofobia a partir de un código cultural tan enraizado que parece formar parte de lo más profundo del inconsciente.

Esta amarga constatación no es, paradójicamente, fruto de una rendición por parte del artífice del Jardín de los justos de Jerusalén, sino el fundamento de una esperanza realista. Bejski se mueve en la lógica de una aguda observación de Marco Aurelio: «No esperes ver establecida la república de Platón; antes bien conténtate con que se promueva un poquito la utilidad pública; ni pienses tampoco que ese pequeño progreso sea escaso fruto para tu trabajo»³. El emperador filósofo, en efecto, no se hacía ninguna ilusión acerca de una conversión general de la humanidad o sobre la posibilidad de imponer un estado ideal entre los hombres, sino que se contentaba con la obtención de un progreso mínimo. Le habría gustado eliminar la crueldad del espectáculo de los

gladiadores, pero puesto que en su tiempo se trataba de una utopía inalcanzable dado el entusiasmo que provocaba a nivel popular, se fijó como objetivo un resultado accesible: suprimió el uso de armas afiladas entre los luchadores, obligándoles a combatir con la punta redondeada para limitar las heridas⁴.

De modo que el juez Bejski no vive la espera mesiánica de un improbable vuelco del mundo, sino que centra su esperanza en la renovación de la presencia en la escena pública de hombres justos capaces de defender la dignidad del hombre, como metáfora de la posible libertad de elegir de cada uno de nosotros.

Esta es la condición humana: un inabarcable campo de batalla en el cual el progreso nunca se da por descontado.

Quizá no sea casualidad, pero Hannah Arendt y Vasili Grossman, los pensadores que de manera más original han contribuido a la definición del concepto de hombre justo en relación con el totalitarismo del siglo XX desde puntos de vista diferentes, han compartido con Moshe Bejski la perspectiva de una esperanza anclada en el pesimismo.

Crean en la posibilidad del hombre aun sabiendo que, la mayoría de las veces, el hombre elige el peor de los caminos.

El peor descubrimiento que hemos hecho, sostiene Hannah Arendt, es que los hábitos morales pueden cambiar de un día para otro y que algunos mandamientos que nos parecían eternos, como no matar, no robar, no mentir, pueden cambiarse como si se tratara de nuestros gustos en el vestir.

Sin embargo, la pensadora de Hannover, que asistió en Alemania a la derrota del hombre frente a la banalidad del mal, se dedica a la búsqueda de los instrumentos interiores que permiten al individuo no sucumbir. Intenta así desentrañar el *secreto* de los hombres justos, en sintonía con el camino emprendido por Moshe Bejski.

Se trata del mismo camino emprendido en la URSS por el escritor Vasili Grossman, que denuncia desesperadamente la implicación de la población y la pasividad de las víctimas frente a los campos nazis y frente a los gulag estalinistas, pero encuentra esperanza contando decenas de historias de ordinaria «bondad insensata» en tiempos del comunismo.

Grossman nos enseña que, una y otra vez, el totalitarismo derrota al hombre pero, a pesar de todo, no logra modificar la naturaleza humana, no destruye el anhelo de libertad que antes o después acaba aflorando a la superficie, como si fuera magma comprimido en el interior de un volcán.

¿Es esto demasiado poco para seguir manteniendo la confianza después de tales horrores? Puede ser.

Pero Moshe Bejski, Hannah Arendt, Vasili Grossman nos proporcionan con su pensamiento una extraordinaria lente de aumento para

sacar a la luz pequeñas y grandes historias de resistencia ocultas en las tragedias del siglo XX.

Constituyen una guía para encontrar los justos ocultos en los tiempos modernos y que, de acuerdo con la Biblia, son el pilar sobre el que se alza nuestro mundo, porque en la narración de sus casos puede encontrarse alivio.

Esta y no otra es la razón de mi viaje a través de su pensamiento.

El Qohéleth y el ciclo perenne de la vida

Para comprender los fundamentos de una esperanza sin utopía hay que dar un salto en el tiempo y leer el Qohéleth, escrito en Judea entre el siglo IV y el III a. C. por un autor desconocido.

El redactor del texto bíblico más inquietante, en su sucesión de interrogantes sobre el bien y el mal, excluye la posibilidad de que la humanidad pueda esperar un final feliz. El regalo consiste en la vida tal y como se nos ha dado. Cualquier otro regalo es pura fantasía. El autor deja entender así que jamás ha existido un Dios que se haya propuesto salvar el mundo y, mucho menos, un más allá que haga justicia con las injusticias sufridas aquí y que premie a los mejores. Y constata amargamente que el ciclo humano se repite sin cambios: «Lo que ha sido será y lo que se ha hecho volverá a hacerse. No hay nada nuevo bajo el sol... y lo que está torcido no puede enderezarse, y no se puede contar con lo que no hay»⁵.

Pero resulta todavía más sorprendente la consciencia de que los hombres injustos gozan y disfrutan de grandes honores, mientras que los justos sufren y son olvidados.

Los seres humanos son imperfectos, los mismos justos pecan y la vida acaba en tinieblas para todos.

Todo en la vida es vano porque está destinado a corromperse y perecer: polvo al polvo.

Precisamente de este ineluctable trayecto y de esa caducidad nace la esperanza.

Los hombres no tienen otra posibilidad. Para disfrutar al máximo de su tiempo de vida limitado y para suplir su imperfección los hombres tienen que ser solidarios y ayudarse recíprocamente. La salvación está en la relación con el otro. Dar y recibir mutuamente crea el único presupuesto de la fuerza humana. No existe un mesías venido del más allá; sin embargo, un hombre puede llegar a convertirse en mesías de otro hombre. «Mejor ser dos que uno, puesto que dos se compensan mejor en el esfuerzo. Efectivamente, si alguno de ellos cae, el otro le levanta. Ay de quien esté solo; si cae, no cuenta con nadie que le levante.»⁶

Este es el sentido de la referencia al respeto de los mandamientos con la que se cierra el Qohéleth. «Teme a Dios y observa sus mandamientos,

porque esto es todo para el hombre.»⁷ El decálogo y la ley es el horizonte en el que se explicita la convivencia y la relación entre los seres humanos y exigen, lo primero, la defensa de la sacralidad de la vida (no matar), señalando así el recorrido de la ayuda recíproca entre individuos que ontológicamente necesitan los unos de los otros.

¿Por qué se asocia a Dios con las leyes y por qué hay que temerle?

¿No es acaso una paradoja el temor a un Dios que permite la injusticia y no interviene en los asuntos humanos, dejando que nuestra existencia concluya en el polvo?

El temor de Dios no remite a una realidad trascendente en la que los impíos serán castigados y premiados los mejores, sino que advierte de que en el único mundo en que nos ha tocado vivir, para evitar la catástrofe y la descomposición, solo en el respeto de las reglas éticas hay salvación. Preceptos morales como no matar, no robar, no mentir, no hacer daño a los demás no suponen impedimento alguno para la libertad del individuo, sino que son el presupuesto para una condición humana mejor y para hacer más feliz la vida. Si faltan el amor y el respeto por el prójimo, el hombre construye el apocalipsis con sus propias manos, tal y como sucedió en la Shoah.

Lo que provoca la peor de las consternaciones y debe empujar a los hombres a hacer el bien en relación con los otros es el vacío moral.

Pero el temor de Dios (o, mejor todavía, de la propia destrucción) no solo tiene que ver con el destino del mundo, se refiere también a la vida cotidiana.

El hombre que hace el mal debe temer la devastadora laceración de su propia conciencia. «No puedo vivir con un asesino dentro de mí», puntualiza Sócrates para señalar que un delito puede permanecer impune, pero que el sentido de culpa no puede extirparse del corazón del hombre. Podemos huir de todos, pero no de nosotros mismos.

Por este motivo, como ha comprendido Bejski, a pesar de la cíclica repetición del mal sobre la tierra, siempre habrá hombres justos.

Al final uno debe ser justo por necesidad para no escuchar el implacable remordimiento de la propia conciencia, pero también para su propia realización, para poder actuar junto al resto de los hombres y en sintonía con ellos, para, con los demás, como señala Hannah Arendt, superar la propia parcialidad. Este es el fundamento de una esperanza realista.

El Qohéleth no habla de héroes ni de santos. «No seas demasiado escrupuloso, ni sabio más allá de toda medida, porque puedes arruinarte.»⁸ El límite del justo es la limitación de la vida humana y su congénita imperfección. En nombre de la justicia no se le puede pedir al hombre que renuncie al regalo de su breve existencia y a la única felicidad que se le ha concedido, más tarde o más temprano destinada a disolverse en el polvo.

El Qohéleth sugiere que el hombre disfrute de los placeres de la vida porque el tiempo es precioso para todos. Es un deber comportarse como hombres justos, en los límites de la condición humana. Esta es la manera de interpretar la vida de Sócrates que, como había observado Plutarco, vivía y enseñaba la sabiduría, pero sin renunciar a beber, a bromear⁹ y a gozar de cualquier momento de la felicidad terrena.

La barrera que puede proponerse y que está al alcance de cualquiera contra el mal, incluso en situaciones extremas, como descubrió Moshe Bejski, es una posible resistencia, no sobrehumana, aun cuando siempre hay hombres dispuestos a renunciar a la vida por mantener su dignidad. El que, por el contrario, exige la justicia absoluta y se coloca a modo de implacable moralizador va contra la naturaleza del hombre. De hecho, la historia demuestra que quien no ha sido consciente de ella ha caído en la ilusión de una posible lucha definitiva contra el mal y, abrazando las revoluciones totalitarias, ha provocado esas carnicerías tan perfectamente descritas por Vasili Grossman.

En nombre de la construcción de un régimen que pretende la imposición de una idea del bien absoluto, ha subrayado el autor ruso, millones de hombres han terminado en los lager y en los gulag.

Pero incluso en la lucha contra el antisemitismo puede caerse, desde otro punto de vista, en el mismo error. El que en Israel piensa extirparlo definitivamente puede llegar a ser demasiado duro con el mundo y con los «enemigos árabes».

Los justos

La reflexión sobre los justos no tiene nada de consolatorio, no es una palanca para elucubrar acerca de una transformación de la realidad, sino un tipo de experiencia que, mirada en profundidad, puede permitirnos ver el mundo con otros ojos.

Es una pequeña llama que ilumina situaciones extremas, que nos impide perder la confianza en el hombre, que deja huellas positivas en las relaciones entre los seres humanos, que permite volver a empezar cuando uno se siente impotente, que nos permite apreciar el papel de personas con un corazón grande que, aparentemente, no parecen obtener resultado alguno.

Todos los hombres –incluidos aquellos que nos parecen más cínicos e insensibles– pueden alzarse contra el mal de una manera inesperada y hasta nosotros mismos, quizá, disponemos de esa fuerza interior para llevar a cabo algunas pequeñas acciones que pueden impedir una injusticia, cuando parece absurdo y completamente imposible tratar de cambiar el curso de algunos acontecimientos que nos superan. No se trata de buscar la excelencia, la coherencia absoluta y el heroísmo, incluso si

afortunadamente no faltan individuos al margen de la norma, pero es importante conferir valor a comportamientos de resistencia, a veces de apariencia minúscula, que hacen las veces de límite en relación con el mal que los hombres provocan.

La imagen del hombre justo no puede ser la de un superhombre que libra una batalla infinita contra los atropellos, como si se tratara de un Don Quijote en inacabable lucha contra los molinos de viento. Tiene algo de caricatura pensar en una figura, en alguien, capaz de combatir de la mañana a la noche por todos los derechos humanos, contra todas las desigualdades, contra todas las dictaduras, contra todos los genocidios, que se sienta comprometido en todas las batallas posibles y que, encontrándose en una situación extrema, sea protagonista de una resistencia integral hasta el agotamiento. Piénsese, por ejemplo, en la costumbre de algunos intelectuales a los que les gusta firmar una toma de postura tras otra contra los males del mundo y que no dejan de apoyar cualquier manifestación de protesta: contra la pena de muerte en los Estados Unidos, contra la mafia, contra la represión en América Latina, por la libertad del Tíbet, por la verdad acerca del asesinato de Politkovskaia. Son absolutamente ridículos porque no suelen tener otro objetivo que el de parecer mejores que los demás, demostrando que son portadores del bien. Les gusta impartir lecciones a las personas «injustas», para erigirse como pavos reales sobre el pedestal de su superioridad, mientras que el verdadero acto moral es el que afecta a una persona en profundidad y la cuestiona.

La limitación de la vida¹⁰ es, en el fondo, la medida del juicio, porque la implicación moral no puede darse en una lucha infinita contra todas las injusticias. Por el contrario, puede convertirse en «justo» incluso quien una sola vez en toda su existencia, en un solo día de su vida, frente a un solo atropello, frente a un solo hombre perseguido, a una sola mentira, tiene el valor de romper con el conformismo y llevar a cabo un único acto de bien, de amor o de justicia. Lo que define a un acto de bien es el esfuerzo interior y la asunción de la responsabilidad.

Se trata, por lo tanto, de una posibilidad al alcance de todos, porque un gesto de solidaridad y de valor puede iluminar la existencia de una persona. Con frecuencia puede suceder que quien rompe un muro de silencio y tiene la fuerza de realizar un examen de conciencia resulta luego condicionado por ello para todo el resto de su vida porque ve el mundo con otros ojos.

Una acción justa puede cambiar la existencia entera de un ser humano.

No es necesario ser santos y anular el propio yo en un espíritu de abnegación total respecto de los demás hombres para llevar a cabo actos morales significativos.

Esta es la gran intuición de la ley de Yad Vashem, que en Israel sustituyó en 1953 los criterios de la memoria de la Shoah cuando señaló que

el título de justo se atribuye a cualquiera que haya salvado la vida de un solo judío durante la persecución nazi¹¹.

Para la institución de los justos de Jerusalén no importa la radiografía política¹² o moral de una persona, sino la responsabilidad que un individuo tiene el valor de manifestar públicamente, acudiendo en auxilio de otro hombre.

Este es el clamoroso caso de Oskar Schindler, en torno al cual se desarrolla uno de los debates más significativos de la comisión de Yad Vashem.

El mercader que, en una sociedad normal, cualquiera juzgaría inmoral por su falta de escrúpulos en la utilización de mano de obra judía, se demuestra, por el contrario, una persona moral porque frente a la solución final no renuncia al principio de la sacralidad de la vida.

De manera que se hace así digno de un árbol en el Jardín de los justos el que no acepta renegar del fundamento del decálogo que prohíbe matar a otros hombres y posee la fuerza de seguir siendo humano en un contexto en el que las leyes inhumanas justifican la eliminación de los individuos considerados nocivos y superfluos.

Como subraya Jan Patočka, el filósofo que estuvo en Praga entre los artífices del movimiento de Charta 77, hay situaciones en las que para defender los valores fundamentales merece la pena sufrir, porque las cosas por las que eventualmente se sufre son aquellas por las que merece la pena vivir.

Así, durante la Shoah, para defender a los judíos, merece la pena poner en peligro la vida. De manera que el que socorre está arriesgando no en busca de una *santidad*, sino en defensa de su propia esencia: la *humanidad*.

Pero si la idea de que los justos son «santos» da lugar a equívocos, lo que hay que hacer es observar que quien acude en auxilio de alguien perseguido manifiesta un acto de amor hacia otro hombre que suple la falta de una justicia humana.

En su *Ética nicomáquea*, Aristóteles escribe que los amigos entre sí no tienen necesidad de ser justos, porque en una relación de amistad uno le da al otro independientemente de lo que se recibe. «Cuando los hombres son amigos, ninguna necesidad hay de justicia, pero aun siendo justos, sí necesitan de la amistad, y parece que son los justos los que son más capaces de amistad [...] la amistad es no solo necesaria, sino también hermosa.»¹³

Un verdadero amigo es el que se convierte en apoyo del otro cuando se encuentra en dificultad y el mundo no le manifiesta el debido respeto. Asume así una responsabilidad que puede transmitir alegría o cicatrizar heridas, mucho más allá de las posibilidades mismas de la justicia.

En el fondo, el justo es ese que, en determinadas circunstancias, es capaz de convertirse en amigo de alguien desconocido y que asume la

tarea de reparar los errores cometidos. Lleva a cabo así una auténtica acción mágica: transforma en amigo a un extraño y lo toma a su cuidado.

Es decir, remedia una injusticia y va más allá de la justicia como un acto de amor.

La parábola del buen samaritano es quizá el ejemplo más evidente en la tradición cristiana. Mientras que dos sacerdotes que viajan de Jerusalén a Jericó miran para otro lado ante un judío apaleado y robado, el samaritano, considerado una especie de hereje en los ambientes religiosos de la época, se detiene y toma a su cuidado al herido. El «enemigo», por lo tanto, se comporta como un amigo y remedia la injusticia sufrida por el desconocido, «vendándole las heridas, echándoles aceite y vino» y pagando con su dinero la habitación de un albergue. Jesús lanza así un mensaje: hay que extender al prójimo perseguido el tipo de amistad descrita por Aristóteles.

Así hacen los justos de entre las naciones que arriesgan su vida por la salvación de los judíos. De modo que justo no es solo aquel que se niega a hacer el mal, sino el que asume una tarea en relación con el otro: se convierte en su guardián. Va mucho más allá de las enseñanzas del gran rabino Hillel el Viejo, que nos invita a «no hacer a los demás lo que no quieres que te hagan a ti». Es decir, no considera que su moralidad dependa exclusivamente de la observancia del precepto de *no hacer daño al prójimo*. Si solo se limitara a su integridad moral, aunque pecando de indiferencia, podría permanecer al margen del mal cometido por los otros. ¿Qué consideración tendría entonces de sí mismo?

Por eso da un salto cualitativo y razona de acuerdo con la máxima «haz a los otros lo que quisieras que los otros te hiciesen a ti». Poniéndose en el punto de vista del otro e imaginándose qué sentiría si estuviera en su lugar, decide intervenir en su ayuda. Esta variación entre el «no hacer» y el «hacer» a los demás lo que se desea para sí, observa Salvatore Natoli¹⁴, parece mínima a nivel conceptual, pero es enorme en el plano de la acción. Se trata del significado de cuidado y de misericordia: el justo no se encierra en sí mismo, no espera que la justicia de los hombres arregle el error, sino que actúa en primera persona para corregir el curso de los acontecimientos.

En este dilema se encontraron todos los que socorrieron a los judíos durante el nazismo: ¿cómo comportarse frente a las leyes raciales? ¿No dejarse corromper en la vida por la ideología antisemita, intentando personalmente no hacer el mal a los judíos o, en el marco de sus modestas posibilidades, convertirse en el propio custodio de los perseguidos? De hecho, mucha gente pretendía no tener sentimiento hostil alguno respecto de los judíos, pero luego permanecían pasivos y no se atrevían a arriesgarse y acudir en su ayuda.